



REVISTA LITERARIA

No.3 - Marzo 2020



Puta Diosa

Fragmento de nouvelle de
Nathalie HC

Página 3

Saludos

Cuento de Ernestino

Página 11

Artistas montevideanos

Cuento de Santi Rosas

Página 16

La iluminación puede encontrarte en cualquier lado. Imagino un salón de clases en que los alumnos y alumnas escriben concentrados, algunos solo miran su hoja de papel con desconcierto. Al primer golpe de vista, todos tienen rasgos asiáticos - una asociación inconsciente que la palabra *satori* dibujó en mi cabeza - pero a medida que forzás el paneo y entornás los ojos vas encontrando cabelleras más rizadas, tonos de piel más oscuros, ojos más grandes y redondos. Al fondo del salón - muy lejos de la puerta - siempre hay gente que parece estar más cómoda: una pierna extendida, una espalda en diagonal, un mordisqueo ausente del lápiz.

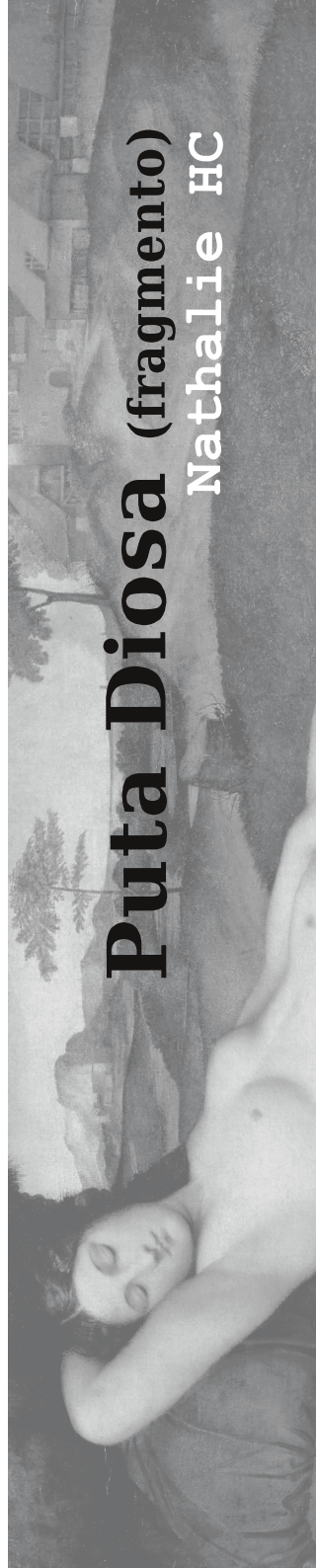
No hay profesor. Al frente, en el escritorio, sin estar enmarcada por una pizarra, hay una joven con orejas de gato que solo contempla a los demás, en silencio. Y al notar la juventud de ella - su uniforme solo se diferencia en ser un poco más oscuro - te das cuenta de que en la clase hay adolescentes, y niños, y ancianos y gente madura.

Clac, clac, clac de madera liviana contra el suelo: a alguien se le cayó el lápiz. Es una chica de no más de 15 años, con el pelo lacio y cortito, que ahora mira hacia adelante, pasmada, con los ojos arrebatados por la realidad amarilla (¿o ella la verá de otro color?) que le nace del alma. Se abre el techo y ella se eleva como impulsada por una ráfaga vertical, en un instante. Se cierra el techo. Todos aplauden: hay sonrisas sinceras, algún comentario alegre pero brevísimo, y vuelven cada uno a su tarea.

Es un contrasentido que yo haya reconocido la divinidad en mí misma a través del simple hecho de saltarme una norma humana, tan arbitraria como cualquiera. Tan histórica y

Put a Diosa (fragmento)

Nathalie HC



antinatural como cualquiera. Hay que ver si esa iluminación que unos trabajan y otros esperan es de una calidad humana o sobrehumana; si es un paso a favor - o más bien en contra - de los deseos de trascendencia.

La iluminación es autocontenida y la trascendencia es pura sed, puras intenciones. Y sin embargo hay algo que las une, a las dos, en mi cabeza: Milagros, una hermana especial entre todas mis hermanas. Era joven, linda y sabía mucho. A todos la compasión nos queda mal en la cara: nos hace parecer unas personas torpes y miserables, pero a ella le quedaba bien en la sonrisa. Era compasiva de verdad: sentía con el otro, pero de una forma impermeable a la tristeza.

¿Cómo pueden vivir así?, me pregunté al cruzar la puerta. Se encierran, a propósito, a contemplar las tragedias que los demás nos esforzamos por olvidar. “Es que yo no llevo los votos, los votos me llevan a mí” me dijo como recitando, y tuve que explicarme sola esa transmutación de reglas opresivas a joyas del minimalismo emocional.

La pobreza es fácil. Menos cosas es menos problemas, y menos culpa sobre todo. Reconocer el valor del dinero como algo para uno - y no para dar a los demás - es una atadura débil, pero constantemente alimentada.

La castidad, aunque no creas, también me parece soportable. Tengo fresco el recuerdo de esos meses de adolescencia tardía en los que creí ser asexual: pensaba que el deseo erótico nunca iba a habitar en mí, y que eso estaba bien, que no representaba ningún problema. Fue una pausa a mi constante angustia identitaria, un oasis de superación. Después, cuando se me abrió el *chakra* de la pelvis, se destapó también una olla de neurosis a presión nunca antes vista que solo pudo ser tapada con amor, propio y ajeno.

Pero el real punto de no retorno es la obediencia. ¿Qué puede ser más definitivamente liberador que elegir ser un esclavo? Si sabés que existe otro que tiene La Verdad, ¿por qué no te comprometerías a obedecerle siempre? Si querés conservar tu libre albedrío ¿realmente crees, de todo corazón, en La Verdad?

Milagros consagra todo: las amigas que hace, los idiomas que aprende, el celular que comparte, los padres que no ve, la cabellera que se rapa. Lo da todo y recibe mucho más. Trabaja a tiempo completo para la trascendencia, desde una humildad inagotable.

Esa noche terminé lavando las ollas de la cena - eran tan grandes que podría haberme metido adentro a fregarlas. Las chicas que tenían asignada la tarea ese día me agradecieron la oportunidad de retirarse más temprano a rezar. *¿Cómo puedo vivir yo así?*, me pregunté al cruzar la puerta para irme. *¿Cómo puedo vivir sabiendo que cada día es solo un día?* *¿Cómo puedo vivir sin dedicarle mi vida a algo que sea superior a mí?*

“Viví para el placer”, diría el Negrito. “Viví para crecer”, diría Séptimo. Ahora creo vivir para sentir a Dios. Para ser Diosa. Porque ser cualquier otra cosa es una cárcel personalizada. Ser buena es un compromiso y ser mala es imposible.

Vaya crecimiento, esa afirmación, para una humana que intentaba repetir frente al espejo el mantra de *soy un ser divino completo y me amo* y lloraba porque no se amaba, porque dolía mentir de esa manera prefabricada y absoluta. Sin embargo, sospecho una pequeña trampa de la lengua: de alguna manera decir “soy Diosa” suena menos blasfemo que decir “soy Dios”.

¿Por qué es el femenino un atenuante? Será la tradición de las religiones grandes, las religiones mono, orgullosas ellas de obedecer a un solo dios, de consagrarse a un solo hombre, a un solo dios que además es hombre. *Diosa* me remite más a divinidad parcial, a una de tantas, que reina sobre una sola cosa, que puede tener arrebatos y pasiones y de repente matar a alguien porque se levantó de mal humor. Permite tener un grupo de fieles favoritos y mandar plagas y huracanes a las aldeas de los otros.

Pero yo me puse la cárcel de ser buena y se me pide que los cuide a todos. Que tenga la palabra justa en el momento exacto y que pueda poner de nuevo la primera mejilla cuando peguen en la otra.

Así que te vi, tapada hasta la cabeza y aún así temblando de frío. Esperando un bus que pasará a cualquier hora de la

madrugada, probablemente retrasado. Achuchada, chica, un punto negro en este edificio blanco y gigante, que se hizo para ser usado de día, por montones de personas - no para nosotras. Y pensé que capaz que te podría servir algo del calor corporal que mi cuerpo disipara.

Puesto en esas palabras, sobre todo ahora que me animé a decirlo en voz alta, suena bastante aterrador. Como si yo quisiera abrazarte, o tocarte de alguna manera, siendo que no nos conocemos y que estás dormida. Pero es una verdad medible que, aún guardando una respetuosa distancia, te está llegando algo del calor que mi cuerpo cree que ya no necesita. De vos, a mí, no viene nada. Parece que necesitás todo el calor.

Además me animo a decírtelo justamente porque estás dormida, casi dormida, semidespierta y aunque entiendas las cosas que te digo no vas a querer discutir las, y no vas a tener miedo. Nadie, a esta hora, tendría miedo de mí. Si te quedan dudas: sí, sé que ese charquito viscoso que hay sobre la mesa pertenecía a tu boca. Lo vi caer, y me dio gracia, y pensé que estaba bien que yo siguiera hablando como si nada. Tu hilito de saliva, después de todo, guarda una similitud con mis hilitos de pensamiento.

Hay un mundo, donde creo que estás ahora, en el que todas las palabras son desorden, todos los cables están cruzados y no hay nada que te exija hilvanar una coherencia. Antes de que suene el despertador, incluso si ya abriste los ojos, solo ves esa maraña de ideas y te acordás de haber comido cosas que no te gustan, de haber besado a tu madre en los labios, de discutir con gente que ahora te da pena; y en realidad no es tan claro que esas cosas estén en el pasado o en el mundo interior. Si están ahí y, a pesar de las urgencias del cuerpo por levantarse y hacer sus cosas, preferís seguir tonteando con los ojos cerrados antes que encarar el día, puede ser que eso sigas siendo vos: esos recuerdos, esas cosas que abandonaste. Un ser atemporal.

Pero suena el despertador y todo tiene que ponerse en marcha. Vos pusiste el despertador, a propósito. Y ahí hay que empezar a desmadejar, a tejer con un solo hilo. Un solo hilo de temas y pensamientos a la vez, y controlado, despacito, que le

diga al otro lo que quiero. Esas palabras asquerosamente libres que tenía en mi cabeza al despertarme puede que sean realmente más, pero no: son las de Juana y Carolina.

- ¿Quiénes son esas mujeres?
- Caro soy yo, Juana lo inventé porque no sé tu nombre.
- Fátima

Entonces, Fátima, estoy eligiendo las palabras y los temas para nosotras dos, porque cuando te vi eran muchos más, cuando caminé hasta vos, se iban disipando, y ahora que estoy acá hablando contigo trato de recuperar esa variedad, esa sinceridad, esa errancia, pero nunca podré al tres mil por ciento.

Así que podría decirte una lista de términos a explorar, de todo lo que yo quería que tratara esta conversación casual entre dos personas medio dormidas que esperan un ómnibus a lugares distintos. Ese glosario conceptual incluye, pero no está limitado a: la divinidad, el dolor, el amor, la hermandad, el incesto, la independencia, el ser puta, la trascendencia, la felicidad, la sinestesia, la animalidad y lo que pasa en tu cabeza mientras duermes.

Es que vengo de unos días de despertar más física y espiritualmente que otra cosa y me había quedado corta de conceptos, corta de palabras, y de alguna manera ahora necesito contrastar con mi propia voz, al escucharme, que está bien todo eso que me pasaba. Entre otras cosas: que no he hecho nada malo.

Viste todo el precio que hay que pagar para dormir tranquila. Lo digo en las grandes cosas que te dan seguridad, como una casa con rejas y ventanas que te asegure que nadie va ir a robarte tu calor y a hablarte mientras estás con las puertas del cerebro abiertas de par en par, totalmente permeable a lo que cualquier loca te diga. A mí más que eso me pesa el peso del pequeño ritual de la higiene: aunque ya estuviera casi dormida, desparramada en cualquier sector del suelo, alguien me da una patada suave y me ordena que me levante. La carrera de la mente REM ya había empezado pero igual tengo que ir al baño, lavarme los dientes, sacarme los lentes de contacto, quizás vaciar la copita. Es un proceso demasiado largo cuando se hace a media máquina.

¿Y todo para qué? Para acostarme en un colchón blanco y grandote a tener pesadillas. A la mañana siguiente habrá alguien que me diga “Parecía que estabas teniendo un sueño feo” ¿Y no me despertaste? Quizás esa es la libertad, la que te da el sueño. Imaginate poder, durante el día, estar con cara de orto y que nadie te pregunte qué te pasa.

Mis pesadillas, casi siempre, están llenas de gente e implican tareas y roces sociales como subir a un ómnibus, llegar en hora a un sitio, atravesar de una puerta a otra lugares de mucha concurrencia como shoppings o discotecas. Son sueños en los que sufro, sueños que me cansan. Ocasionalmente - esto es bueno, a esto tengo que hacerle justicia - me topo con sueños que organizan estos suplicios en forma de desafío: son como un videojuego en el que hay que resolver acertijos, obtener cosas, llegar a lugares.

Hace poco soñé que mis abuelos habían invitado a mi amante - a uno de ellos - a una cena familiar. En la vida real no tengo primos chiquitos, pero ese sueño estaba lleno de niños y la casa de mis abuelos tenía muchos cuartos. A cierta hora de la noche, a todos les picaba el sueño y empezaban a irse a dormir. Yo averiguaba cuál iba a ser el cuarto de mi chico - absolutamente separadísimo del mío - con la intención de poder ir a visitarlo en el medio de la noche. Frente a ese cuarto estaba uno de los ruidosos cuartos de los niños.

Unos niños se dormían a una hora, y otros a otra. Lo interesante, en mi mente del sueño, es que si llegaba a escabullirme en el cuarto de mi amante antes de que los niños se fueran a dormir, íbamos a poder tener sexo, porque los ruidos de los niños camuflarían los nuestros. Sin embargo, mi trayecto para llegar al cuarto de él estaba intervenido por un montón de objetos y personajes no jugables que requerían mi atención. Una conversación con mi tía me restaba trece minutos. Encontrar el guante de alguien y ubicarlo con su par, cinco. Toparme con una nueva pila de platos sucios y lavarla, ocho más.

Así, entre distracciones, se me pasaba la hora en que los niños chicos se dormían, y con ella mis posibilidades de garchar ruidosamente. Aún llegaban, desde el cuarto de los

nenes grandes, sonidos provenientes de la consola de videojuegos que, cuando menos, nos iban a dar a mí y a mi amante un poco de movilidad. Pero ese tiempo también se me acabó, entre gente y objetos, y los niños grandes apagaron la consola. El último contador de tiempo era el del amanecer. Si lograba llegar hasta él antes de que amaneciera, íbamos a poder dormir un rato juntos.

Otra pesadilla videojugable es la de no encontrar en todo el día un buen lugar donde hacerse una paja. El sueño va aumentando la intensidad de los estímulos visuales - en cuanto a cosas que te calientan, claro está - y se termina cuando explotas.

Espero, Fátima, no tenés por qué contármelo, pero espero que alguna vez te hayas encontrado el juego de la paja impostergable en la modalidad vida real. No es divertido: es una verdadera tortura, pero si te pasó quiere decir que por lo menos un día tu dimensión sexual estuvo allá arriba jugándose la supremacía con el bicho racional - o los otros bichos - en un una pulseada sudorosa.

El día que me desperté siendo una diosa puta no me toqué en la cama, ni en la ducha y pasé todo el día lamentándome por eso. Tenía que ir a la casa de una amiga y si bien le pedí para pasar al baño, me topé con que estaba todito decorado con fotos familiares. Después pasé a levantar unos papeles a la oficina y me pareció que no daba. Enseguida me tomé el interdepartamental: descarté el baño por cuestiones de higiene y equilibrio y me quedé en mi mullido asiento a oscuras, en el terreno de todo lo que se puede hacer y pensar sin las manos. No soy tan hábil, y lo único que logré fue llevarme a los límites de la impaciencia.

Finalmente, igual que en las pesadillas: tenía una comida en la casa de mis abuelos. Esperé un tiempo prudencial, mantuve la conversación a duras penas, me limpié lo hilos de baba muy discretamente y cuando por fin le dije a mi abuela "ahora vengo, voy al baño", uno de los amigos de mi abuelo me gritó "¡No te vayas a quedar encerrada!".

Me dejó toda loca. Creí que era un chiste socarrón porque él sabía cuáles eran mis intenciones, concluí que me estaba

leyendo la mente y, por supuesto, recurrí rápidamente a mi arma secreta: pensar en un pato hasta que el télépata se aburra. He escuchado cosas horribles sobre la sexualidad de los patos - son todos violadores - así que lo cambié por un pato de goma, ya no en una laguna sino flotando en el espacio exterior. Diría que era un pato gigante pero, dado que estaba en el espacio ¿cómo saberlo? No tenemos referencias.

Todo lo que hice en el baño lo hice temblorosamente: mear, lavarme las manos e intentar secármelas con una toalla que ya estaba demasiado húmeda. Era el cuarto con más olor a viejo de toda la casa y mi pelela de la infancia seguía ahí, decoloreándose en un rincón. Aún sin la intervención del télépata hubiera sido un imposible. Cuando fui a abrir la puerta, sin embargo, lo entendí todo: estaba trabada. Había que tirar con cierta fuerza en cierto ángulo para salir. El “chiste” venía a cuenta de que uno de mis primos había quedado, verdaderamente, encerrado en el baño unas horas antes.

Fátima, necesitamos mover esta historia hacia adelante. Podemos decir que nuestro ómnibus llegó y que nos dimos cuenta de que las dos íbamos para el mismo lado. Que vos te bajabas en una ciudad que quedaba a medio camino de mi destino, justo antes de cruzar la frontera, y que yo impulsivamente te pregunté si podía quedarme con vos.

En el hostel le dijimos a todo aquel que preguntara que éramos cuñadas, que íbamos a visitar a unas tías paraguayas y que solo nos detuvimos unos días para disfrutar un poco los paisajes. Me pareció una buena idea empezar a cubrirme, para hacer juego contigo y porque las ciudades fronterizas suelen estar llenas de policía y yo no sabía hasta qué punto se me estaban buscando.

Fueron días buenísimos, de hacer una y otra vez el mismo paseo de tierra roja a orillas del río, cuesta arriba, cuesta abajo sin más persecutores que los mosquitos. Íbamos al supermercado, jugábamos a las cartas, me enseñaste a cocinar un par de cosas. Gracias a la higiene del alma que ofrecen las rutinas empecé a hablar cada vez menos y nos amigamos en un silencio de dos que me hacía acordar a una hamaca paraguaya blanca y suave, de hilo grueso.

Abel era un jubilado -¡qué estoy diciendo!- un pensionista, que vivía en una pieza, al costado de una pañalera. Los dueños del local, y de dicha pieza, lo dejaban quedarse allí, con la condición de que hiciera de sereno.

Decía el viejo para sí: “Esto de ser sereno es cosa sumamente simbólica, pues si viene un ladrón ¿qué resistencia puedo oponer yo, con mis setentaiséis años; mi reuma; mi columna a la miseria? Sin embargo, este techo seguro y gratuito me viene de perlas”.

Los de la pañalera también sabían que Abel no era ninguna garantía, pero les bastaba con que hubiera luz, y un mínimo movimiento a la vista de quien pasara en la madrugada, que diera a entender que el local no quedaba solo.

El círculo de Abel, como es previsible, era reducido. Familia, era como que no tuviera: sus hijos se habían ido hacía décadas al exterior, y no dieron nunca noticias. Se había cortado el vínculo. De hecho, el viejo a veces se preguntaba si tendría nietos. En adición, era viudo, también hacía bastante.

Por su parte, con la gente de la pañalera, fuera del acuerdo que tenían, casi no tenía relación, excepto con Alicia, la cajera, que siempre era muy amable y cariñosa con él, pero casi siempre estaba ocupadísima.

Entonces, si el viejo quería tener un mínimo de vida social, tenía que salir él mismo a procurársela. Temprano en la mañana, sacaba la silla playera y la colocaba en la vereda, junto al muro de la entrada de la tienda (si bien el viejo era ignorado por casi todos, sabían que



esa silla era suya, y ni al más vil ladronzuelo se le ocurriría llevársela) y se ponía a caminar. Se dirigía básicamente al paseo de compras, a un par de cuadras. Allí, entraba a la panadería a comprar religiosamente sus galletas, y procuraba entablar conversación con Luís, el panadero. Luís sinceramente no tenía ganas de hablar, y asentía a todo lo que Abel decía, confiando disimular su sequedad lo más posible. Pero no lo lograba; Abel se hacía el tonto, pero notaba su exasperación. Al rato, se marchaba el viejo con su bastón, pensando: “Algo es algo; para mí esto cuenta como charla”. De allí se iba a la agropecuaria, en donde sí era bienvenido. Don Amaro, el encargado del local, era hombre jovial, oriundo de Paysandú. Con él hablaba un buen rato, pero era tanta la sed y la nostalgia de contacto humano de Abel, que terminaba por abrumar al propio paisano. También captaba esto el viejo, pero esta vez, más satisfecho y agradecido con el otro, le palmeaba el hombro y se marchaba con una sonrisa.

Otra posible compañía eran las señoras que, hacia el mediodía, montaban en plena vereda un puesto de tortas fritas, para los escolares; tanto los que salían, como los que entraban al instituto que quedaba a la vuelta. Pero no siempre venían las mujeres; como ellas le informaron, sólo usaban ese recurso cuando las cuentas definitivamente no daban.

Entonces, entre pitos y flautas, nunca eran más de la una de la tarde, cuando el hombre, ya algo cansado, volvía a la fachada de la pañalera, y se sentaba en la silla, a mirar la gente pasar, y los coches correr de un lado a otro.

Un día, a esa misma hora, cuando el viejo observaba al camión de basura que vaciaba un contenedor mecánicamente, pasó un joven con paso risueño y simpático. Miró al viejo, le sonrió, y le dijo:

-¡Qué tal!

El viejo, sorprendido, tardó en responder:

-¡Buen día mijito!

Siempre sonriente, el joven siguió su marcha y se perdió más allá.

“¡Qué joven tan cálido!” pensó Abel, cuya jornada se había vuelto linda.

Al otro día, otra vez a la una, el muchachito pasó, le mostró todos los dientes, y lo saludó:

-¡Buen día vecino!

-¡Buen día jovencito!- exclamó Abel, también sonriendo, cayendo en la cuenta de que hacía mucho que no lo hacía.

El viejo se sintió contento. Después de todo, no todo era malo. La sonrisa de ese joven le acariciaba el alma. Era como sacarle un gran peso de encima; como sacarle cincuenta años de sus espaldas, de sus piernas, hasta de su visión.

Al otro día, llovió toda la jornada. Abel no pudo entonces sentarse en la vereda, pero sí lo hizo un rato en un banco de la pañalera, procurando conversar con Alicia, que cuando podía le respondía algún comentario, o reía de alguna ocurrencia. En ese tiempo, el viejo estuvo mirando al exterior, pero el joven no pasó. O al menos no le parecía haberlo visto. Vio varios chicos corriendo bajo capas, pero no podía afirmar que alguno fuera él.

Al día siguiente salió el sol. El viejo, como siempre, madrugó. Sacó la silla, se aprontó un mate, y partió a la panadería. Allí lo recibió nuevamente la indolencia de Luis, pero, desde la presencia del muchacho, Abel tenía un júbilo incesante. Fue a la agropecuaria, y habló con el paisano del chico en cuestión. Se lo describió físicamente, pero al paisano no le parecía conocido. Abel charló más animado que nunca, pero expectante, como el que sabe que lo mejor aún está por venir.

Volvió a la pañalera, y se sentó en la silla a matear y comer galletas. Notó, radiante, al chico avanzar desde la esquina. Se hizo el distraído, para que el joven lo sorprendiera con su saludo, y su sonrisa exquisita. Pero nada de eso ocurrió. Abel levantó la vista, y el muchacho ya estaba a una cuadra. Había pasado y no lo había saludado... Abel se rascó la cabeza, mientras lo veía alejarse, haciéndose más y más pequeñito, hasta doblar en una esquina remota.

El mediodía siguiente se repitió la escena. Pero esta vez el viejo no se hizo el sonso. Vio acercarse al chico y lo esperó con la mirada en alto. El joven, bastante apurado, tipeando rápidamente en su celular, pasó sin levantar la vista y siguió de largo. Abel sintió un nudo en la garganta. Con todo, trató de decir: <<Buen día mijo>> pero sonó muy bajo, y el joven ya estaba lejos.

“¿Qué está pasando? ¿Por qué esto?” pensó el viejo, pinchado, extrañado. “¿No me habrá visto? Eso no puede ser” Y era cierto. El viejo era el único sentado en plena vereda.

Esa noche el viejo casi no durmió. Se levantó antes de que cantara el gallo, y tomó varios termos de mate, con el ceño fruncido.

“¡Y, saludálo vos!” se decía entre chupadas “Así no hay modo de fracasar”

Abel hizo el paseo cotidiano con cierta tensión. No habló con el paisano de los últimos acontecimientos; mucho menos con Luís. Ni la amplia sonrisa de Alicia lo tranquilizaba.

A la una, se sentó en su silla, y no mucho después, la silueta del joven apareció en la esquina. Otra vez pasaba apurado, distraído, sin expresión particular en la cara.

“Otra vez no” pensó Abel, con gesto adusto.

Pero el chico volvió a pasar expreso. Don Abel no aguantó y,

parándose, exclamó:

-¡Ey ¡Ey! ¡Pibe!

El muchacho se dio vuelta, sorprendido, y se señaló el pecho.

-¡Sí, vos botija! ¡Vení un poquito!

El chico, con las cejas arqueadas, obedeció. Entonces el viejo empezó a atacarlo con su bastón, y a increparlo. Decía una palabra, y luego daba un golpe:

-¡¿Por-golpe-qué-golpe-no-golpe-me-golpe-saludás-golpe-más-golpe-pibe!?

El chico, desencajado, se defendía como podía, tratando de apartar el bastón, sin lastimar al viejo:

-Pero... ¡señor!... ¡¿Qué le pasa?!... ¡Espere! ¡No!

Alicia vio el escándalo, salió de la caja, que de todos modos no tenía clientes, y corrió a la vereda:

-¡Don Abel! ¡Don Abel! ¡Qué hace! ¡Qué está haciendo!

-¡Me das a saborear el dulce, para después sacármelo!- le espetaba enajenado Abel al chico- ¡Qué te cuesta! ¡Un saludo nada más! ¡Un saludo!

Entre Alicia y otra empleada de la pañalera, lograron aplacar al viejo, y llevarlo jadeante de regreso a su silla. El joven, golpeado y desconcertado, se marchó sin entender nada.

Lo que ocurrió fue que en esos días en que saludó a Abel, el muchacho se había puesto al fin de novio con la persona que tanto le gustaba, y estaba tan pletórico de alegría, que saludaba y sonreía a todo el que se cruzaba, aunque fuera desconocido. Pero el viejo, ignorando esto, pensó que el chico efectivamente estaba simpatizando. Y pensando en un nuevo amigo, se entusiasmó.



Artistas montevidEOS

Santi Rosas

Luis Olpe es uno de los más reconocidos escritores malvinenses de la generación del 88. Su obra trata principalmente sobre las desgracias de los peatones imprudentes, temática que ganó preponderancia en su vida después de ser atropellado por un camión de supergás en Rivera y Michigan a la tierna edad de 32 años. Desde ese momento se volvió adicto a las aspirinetas, vicio que marcó todas las facetas de su vida, desde sus relaciones personales hasta sus pensamientos más secretos, y por supuesto sus más de 112 novelas cortas entre las que se destacan "El peatón atropellado", "Impacto en Rivera" y "El camión que solo miraba hacia adelante". Como no pudo solventar sus gastos con su trabajo literario, tuvo que trabajar de ascensorista durante la mayor parte de su vida adulta.

Los momentos clave de la vida de Luis Olpe son retratados con fidelidad en los cuadros de **Julia Arpeche**, una de las grandes pintoras que nos dio el barrio de Palermo. Además de contarnos de manera meticulosa, casi obsesiva, a través de sus trazos multicolores llenos de infecciosa vitalidad, los pormenores de las escenas cruciales de la historia de Olpe, Julia nos dio la colección más impresionante de pinturas de kiwis (la fruta) en existencia en América del Sur. Trágicamente adicta al chocolate con almendras, su vida bohemia la llevó por todo el interior del Uruguay, al

balneario de Araminda (donde creó algunas de sus más famosas pinturas, como "El kiwi" y "Dos kiwis mirándose atentamente"), a las playas de Bolivia y a una breve estadía en Nueva Zelanda que emocionalmente no pudo soportar debido a la intensa cercanía con su temática favorita. Para pagar todos estos viajes y las ridículas cantidades de chocolate que consumía, se vio obligada a trabajar como costurera de peluches por más de doce años.

Pero ¿qué sabríamos de la vida de Julia si no fuera por la discografía de **Armando Guazuvirá**, excelso cantautor de *indie candombe beat* nacido en Sayago, que escribió incontables canciones de instantáneo pero sofisticado atractivo radial sobre los pormenores de la vida de la pintora? Armando, que no solo la amaba a ella sino también al *skateboarding*, dedicó el resto de sus canciones a este deporte que lo paseó por la mayoría de las calles del noroeste de Montevideo antes de que su adicción a los Tico Ticos lo llevara a una reclusión cada vez mayor -que sin embargo resultó en las que son consideradas por todos los críticos como sus obras maestras, los discos "Patinando por Peñarol" y "Verdisol Longboard", que mezclan ingeniosamente los ritmos de Tótem con sutiles elementos melódicos de bandas como Arcade Fire y Sonic Youth. A pesar de que sus canciones gozaron de una considerable fama en Uruguay, acá nadie hace plata con la música, así que tuvo que conseguirse un empleo de electricista especializado en licuadoras para sobrevivir.

Claro que todo esto lo conocemos únicamente por las películas de **Martina Giuliari**, la finísima directora oriunda de Brazo Oriental que creó docenas de filmes sobre la trayectoria del músico, antes de que encaminara sus temáticas cada vez más

hacia lo relacionado con el uso del tomate en la cocina occidental. La pobre Martina no era capaz de pasar un día sin tomar licor de café, dependencia que le generó un trastorno evitativo de la personalidad que la hizo huir de absolutamente todos sus problemas, llegando así a la felicidad total. Se considera su obra cumbre el vanguardista documental "Tomate por aquí, tomate por allá". A pesar de haber llegado a la excelencia, su obra no le generaba suficientes ingresos para poder alimentarse, por lo cual fue necesario que se desempeñara como guía turística de japoneses.

No obstante, nada conocerían las nuevas generaciones sobre Martina si no hubieran jugado los videojuegos de **Alción Manteco**, el *game designer* nuevoparisino pionero de las aventuras gráficas en Uruguay. Sus increíblemente intrincados juegos *point and click* basados en la historia de la cineasta llegaron a la masividad mundial, pero fue con su obra posterior, los *serious games* sobre el perro salchicha como expresión de la obsesión fálica de la humanidad -inmediatamente vienen a la mente "The Long Dog" y "Hot Doggies"- que alcanzó la posteridad. Nunca sabremos si estas hazañas estuvieron o no relacionadas con su incapacidad de vivir sin masticar chicles Puaj, pero lo cierto es que al final tuvo que conseguir un trabajo como conductor de un camión de supergás para afrontar sus gastos.

*El que escribió esta pieza es nada más ni nada menos que **Santi Rosas**, uno de los músicos de pop-rock más destacados de la calle Mississippi.*

*¡Escuchá sus canciones en **santirosas.com!***

Nathalie HC



@piracalamina



alcanfor.rosado@gmail.com

Ernestino



@ernestino__



ernestinoq.tumblr.com



Ernestino Qu

Santi Rosas



santirosas.com

¡Agradecemos a  @campanitaazuluy
por sus consejos de estilo!

El cuento **Saludos** de Ernestino está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional. ¡Por favor, comparte! 

El fragmento de **Putá Diosa** de Nathalie HC está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Por favor reuse y comparte a gusto! 



literaturaindependiente.info

 isla.libros

